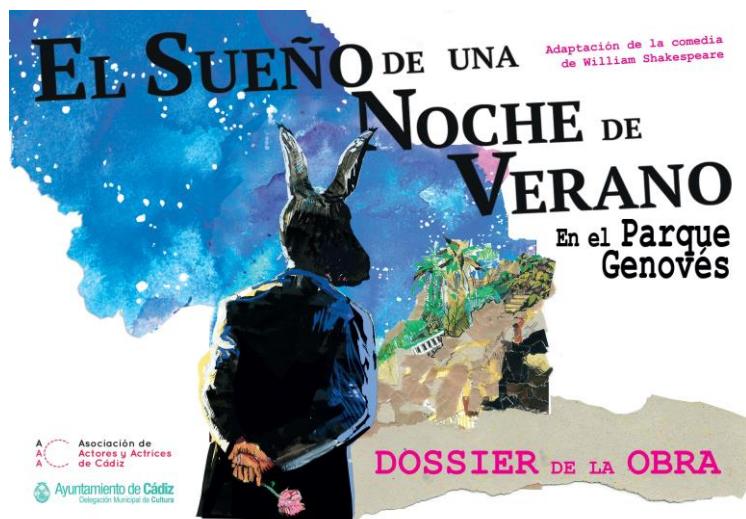




EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO (PARQUE GENOVÉS)

A Midsummer Night's Dream (Parque Genovés)



Antonio Labajo
Actor y director de teatro
E.mail: antonio_labajo_altamirano@hotmail.com

Blanca Puente
Actriz y educadora
E.mail: mblanca.puente.cartas@gmail.com

Resumen:

La versión de esta obra de William Shakespeare "El sueño de una noche de verano" está realizada por Antonio Labajo y Blanca Puente. En relación con la dramaturgia existen varios aspectos novedosos que hacen de esta comedia una adaptación a nuestros tiempos, aunque transcurra en una línea atemporal. Todos los acontecimientos suceden en los alrededores del Parque Genovés de Cádiz, aunque bien podrían ser los alrededores de cualquier parque. Una adaptación que respeta el texto original aunque, ciertamente, se permiten algunas licencias para ajustarse a los tiempos actuales e, igualmente, para generar un mayor entendimiento por parte de todos los públicos.

Palabras claves: Teatro, adaptación teatral, comedia, Cádiz.

Abstract:

The version of William Shakespeare's "A Midsummer Night's Dream" is directed by Antonio Labajo and Blanca Puente. In relation to the dramaturgy there are several novel aspects that make this comedy an adaptation to our times, even though it takes place in a timeless vein.

All the events take place in the surroundings of the Parque Genovés in Cádiz, although it could well be the surroundings of any park. An adaptation that respects the original text although, certainly, some licences are allowed in order to adjust to modern times and, equally, to generate a greater understanding on the part of all audiences.

Keywords: Theatre, theatrical adaptation, comedy, Cádiz.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO PARQUE GENOVÉS

- OBERÓN
- TITANIA
- FLOR DE GUISANTE/ HERMIA
- TELARAÑA/ ELENA
- LISANDRO/ FRANCISCO ALGORÁ
- DEMETRIO/ AGUSTÍN GÓMEZ
- JUAN BELLIDO
- MÚSICO- EMILIO LÓPEZ SEGOVIA
- MÚSICO- JESÚS MORILLO
- PUCK

[En el presente texto se mantienen muchas de las acotaciones realizadas por el director]

Escena 1:

Entra el público y cuando ya están todos sentados, los músicos sacan una campanita y da el aviso para la primera escena, el comienzo de la función (toca 3 veces). Van saliendo los actores tomando posiciones, para simular las estatuas que representan:

- Oberón (*Estatua de Columela*⁹ y *Titania*⁸ *Santa Rosalía*) apoyados en las columnas.
- Los músicos (*gatos del parque*) sentados al lado de la cueva, uno a cada lado.
- 1^a piedra de las palmeras Demetrio y Elena (*estatua del soldado* y *la enfermera*).
- 3^a piedra de las palmeras Hermia y Lisandro (*los niños del paraguas*).
- Puck (*gata del parque*) se está moviendo entre el público liándola.
- Juan Bellido (*barrendero del parque*) sale de la cueva y se coloca a la derecha de la misma.



PUCK.- Todas y cada una de las noches, después de que el parque cierre y la ciudad duerma, un divertido juego por el control tiene lugar en esta mágica arboleda. Mantenemos un fino equilibrio entre los bandos de Oberón y Titania, los amos del mundo mágico, cualquier disputa hemos de resolverla antes de que el alba nos vuelvan pétreas estatuas y vulgares alimañas. La tradición y la superstición es nuestro modo de vida, la magia de duendes y hadas nuestra religión.

Se están preparando las nupcias entre los gobernadores del parque. Un influyente habitante, padre de Hermia, pide al gobernador que obligue, como regidor de este lugar, a Hermia a casarse con Demetrio un noble señor. Si no lo hiciese, tiene dos opciones, o perder la vida o renunciar para siempre a la sociedad de los hombres. Hermia está enamorada de Lisandro joven virtuoso que cultivó versos de amor con ella.

Elena amiga de la infancia de Hermia está locamente enamorada de Demetrio.

Este embrollo tendría fácil solución, pero las estrictas normas de nuestra tradición, hacen de todo esto, una situación difícil de arreglar.

Los amantes acorralados Hermia y Lisandro, desobedeciendo a su padre y a la autoridad, deciden huir.

Por su parte Elena en un acto desesperado por ganarse los favores de Demetrio, le confesará a él el plan de huida de su amiga Hermia y ambos perseguirán a los amantes.

Y en este punto nos encontramos, en el mágico parque, donde los sueños se confunden con la realidad y sus estatuas cobran vida para vivir noche tras noche las historias de las que hoy seréis testigo. Hace una buena noche para soñar... ¡Actores id a preparaos!

(Música) (*El parque. El Crepúsculo. Entra un Hada*)

Escena 2 (Aparece Puck por arriba de la cascada):

FLOR DE GUISANTE (*Sale Flor de guisante por la cueva y va encendiendo las velas, Puck va detrás apagándolas*) Por los montes y los valles, cruzando cercas y verjas, por las olas, entre el fuego, a todas partes, ligera, más rápida que la luna, voy a servir a mi Reina, poniendo sus esferillas de cristal entre las hierbas.

Tengo que ir a buscar gotas de rocío frescas, para que tengan las primulas pendientes en las orejas.

(*Puck aparece de repente*)

PUCK.- (*Llamando*) ¡Eh, espíritu! ¡Adónde vas?

FLOR DE GUISANTE. - O confundo mucho tu forma y tu figura, o eres ese espíritu astuto y maligno llamado Puck. ¿No eres tú el que asusta a las muchachas de la aldea, descrema la leche, y a veces, trabaja en la muela, haciendo inútil que el ama de casa, sin aliento, bata la mantequilla, y a menudo no deja fermentar la cerveza, extravía a los caminantes y se ríe de su daño? ¿No eres ese?

PUCK.- ¡Pero deja sitio, hada! Aquí viene mi señor Oberón, rey de este parque.

(*Oberón sale por las escaleras. Puck se acerca a su señor y ya se queda arriba de las escaleras*)



FLOR DE GUISANTE.- Y allí mi señora, reina también; Ojalá se marchara él.

(*Titania sale desde detrás de las palmeras*)

(*Entran lentamente Oberón y Titania, con sus escoltas*)

FLOR DE GUISANTE.- Oberón está colérico y feroz, porque ella tiene por paje un delicioso muchacho robado a un príncipe indio. Y el celoso Oberón quiere tener al chico.

OBERÓN.- En mala hora os encuentro a la luz de la luna, orgullosa Titania.

TITANIA.- ¡A la luz de la luna, celoso Oberón! (*Habla acercándose al centro de las columnas*) -Hadas, escapad de aquí. He jurado abandonar su lecho y su compañía.

(*Las hadas amagan con irse pero Titania hace un gesto para que se queden*)

(*Las hadas se van.*)

OBERÓN.- (*Hablan los dos en el centro*) ¿No soy yo tu señor? Pues entonces, remédialo; que de ti sola depende. ¿Por qué se empeñaría Titania en contradecir a su Oberón? Todo lo que pido no es más que un tierno rapazuelo para que me sirva de paje.

TITANIA.- Pues entonces debería ser yo tu señora. Deja en paz tu corazón. La tierra de las Hadas no basta para comprarme ese niño. Su madre había ingresado en mi orden, pero ella, por ser mortal, murió al tener ese niño, y por fidelidad a ella no quiero separarme de él.

OBERÓN.- Dame ese muchacho e iré contigo.

TITANIA.- Ni por todo tu Reino de las Hadas (*Salen por la cueva Titania y el Hada*).

OBERÓN. - Bueno, vete por tu camino; no saldrás de este bosque sin que te atormente por esa ofensa. Mi buen Puck, ven acá.

(*Puck se acerca a Oberón.*)

Tú recuerdas que una vez te mostré una planta...

Su jugo, puesto en párpados dormidos, hace que el hombre o la mujer enloquezcan de amor con la primera criatura viva que mire al despertar, ya sea un león, un oso, un lobo, un buey, un mico travieso, o un afanoso orangután, le inspirará un amor irresistible; y antes de que yo libre sus ojos de este encanto, la obligare a que me entregue su paje. Tráeme esa hierba, y regresa aquí antes que el Leviatán pueda nadar una legua.

PUCK.- ¡Daré una vuelta en torno a la tierra en cuarenta minutos!

(*Se va por la cueva*) (*Sale volando.*)

OBERÓN. - Pero ¿quién viene? (*Oberón se apoya en la 1ª columna*). Soy invisible y puedo escuchar su conversación.

(*Entran Demetrio y Elena detrás de él*)

Escena 3:

DEMETRIO.- No te amo. Es inútil que me persigas. ¿Dónde están Lisandro y la hermosa Hermia? Mataré al uno: la otra me mata a mí. Me dijiste que se habían



refugiado ocultamente en este bosque, y heme aquí, como un loco, porque no puedo encontrarme con Hermia. Ea, vete de aquí y no me sigas más.

ELENA.- Vos me atraéis, imán de corazón empedernido; pero no es hierro lo que atraéis, pues mi corazón es más fino que el acero. Despojaos de ese poder, y yo no tendré el de seguiros.

DEMETRIO.- ¿Acaso os solicito? ¿Os hablo con dulzura? ¿O antes bien, no os digo en los términos más claros que no os amo ni puedo amaros?

ELENA.- Por eso precisamente te quiero más; y cuanto más me odias, Demetrio, más te amo. Trátame mal; despréciame, piérdeme; dame sólo permiso, indigna como soy, para seguirte.

DEMETRIO.- No tientes demasiado la aversión de mi alma; porque sólo el verte me llena de disgusto.

ELENA.- Y a mí me llena de disgusto el no mirarte.

DEMETRIO.- Demasiado acusáis vuestra modestia abandonando la ciudad, entregándodos en manos de quien no os ama, sin desconfiar de la oportunidad de la noche ni del mal consejo de un lugar desierto, mientras lleváis el tesoro de la virginidad.

ELENA.- Me sirve de escudo vuestra virtud. Para mí no es noche cuando veo vuestro rostro, y así no me parece que estamos en la noche. Ni falta a este bosque un mundo de sociedad, pues para mí vos solo sois todo el mundo. ¿Cómo decir, pues, que estoy sola, si todo el mundo está aquí para verme?

DEMETRIO.- Huiré de ti y me ocultaré en las breñas y te dejaré a merced de las fieras.

(Sale Demetrio por la trasera de la cueva y Elena sale tras él)

ELENA.- La más feroz no tiene un corazón como el vuestro. Huid adonde queráis: Te seguiré, y haré un cielo del infierno.

(Sale)

OBERÓN.- (*Puck sale por la cueva y se pone detrás de Oberón*) Ve con Dios, ninfa. Antes de que abandone esta espesura, tú huirás de él y él buscará tu amor. (*Vuelve a entrar Puck*). ¿Traes ahí la flor? Bienvenido, peregrino.

(*Puck da la flor a Oberón y se tiende a sus pies*)

Sé de una loma donde crece el silvestre tomillo, donde crecen las prímulas y la violeta de cabecita olorosa, recubiertas por el dosel de espesa madreselva, de dulces rosas almizcladas y de eglantinas. Allí duerme Titania, a ciertas horas de la noche, arrullada entre esas flores, entre danzas y deleites. Allí la serpiente se desprende de su esmaltada piel, lo bastante ancha como para que un hada se arrope en ella. Mojare sus ojos con este jugo y la llenaré de fatales fantasías. Toma tú un poco, y busca por este bosquecillo, una dulce damita gaditana, está enamorada de un joven desdeñoso. Úntale a él los ojos de modo que lo primero que vea sea esa muchachita. Conocerás al hombre por sus aires de ciudad. Y cuida de encontrarme antes del primer canto del gallo.

PUCK.- Estad tranquilo, señor. Vuestro súbdito hará lo que decís.

(*Salen. Puck coge el mismo camino que los amantes, por el lateral de la cueva*)

(*Desaparecen. Seis barrenderos entran cautelosamente.*)

Escena 4

(A la vez que entran los barrenderos por la cueva, Oberón sale interaccionando con alguno de ellos, reaccionan con miedo porque no lo ven. Salen con el carro):

AGUSTÍN GÓMEZ.- ¿Están aquí todos vuestros compañeros?

JUAN BELLIDO.- Mejor haréis en llamarlos uno a uno, según la lista.

AGUSTÍN GÓMEZ. - He aquí la nómina de los que en toda Nueva Gades son considerados aptos para desempeñar el sainete que se ha de representar ante el duque y la duquesa en la noche de sus bodas.

JUAN BELLIDO. - Primero, buen Agustín Gómez, decid sobre qué asunto versa la representación, leed los nombres de los actores y luego distribuid los papeles.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Ciertamente. Nuestra representación es “La muy lamentable comedia y muy cruel muerte de Píramo y Tisbe.”

JUAN BELLIDO. - Hermoso trabajo, os aseguro, y en extremo alegre. Ahora, mi excelente Agustín, llamad por lista a vuestros actores. Maestros, presentaos.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Responded a medida que os llame. Juan Bellido, el artista de la escoba.

JUAN BELLIDO.- Listo. Decid el papel que me toca, y adelante.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Vos, Juan Bellido, habéis sido designado para Píramo.

JUAN BELLIDO. - ¿Qué es Píramo: un tirano o un amante?

AGUSTÍN GÓMEZ.- Un amante que por amor se mata con el más grande heroísmo.

JUAN BELLIDO. - Eso para ser bien representado necesita algunas lágrimas: si he de hacer el papel, ya veréis al auditorio llorar a moco tendido. Levantaré una borrasca, y en cierto modo commoveré algo. Por lo demás, mi vocación es la de tirano. Podría representar a Hércules con rara perfección, o un papel en que se destrozara a un gato, para que todo quedara hecho trizas.

“Con trémulos golpes las rocas rabiosas
“rompen los candados de toda prisión,
“y el carro de Febo que alumbría las nubes
“los hados revuelve, girando veloz”

¡Esto era sublime! Decid ahora los nombres de los otros actores. Este es el estilo de Hércules, el estilo de un tirano. Un amante es más plañidero.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Francisco Algora

FRANCISCO ALGORA.- Presente, Agustín Gómez.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Tisbe es el papel que os corresponde.

FRANCISCO ALGORA.- ¿Qué es Tisbe? ¿Un caballero andante?

AGUSTÍN GÓMEZ.- Es la señora a quien ha de amar Píramo.



FRANCISCO ALGORA.- No, a fe mía, no me hagáis representar a una mujer. Ya me está saliendo la barba.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Eso no importa. Llevaréis máscara y podréis fingir la voz tanto como queráis.

JUAN BELLIDO.- Si es cosa de esconder la cara, dejadme hacer también el papel de Tisbe. Soltaré una vocecita admirable: “¡Ah Píramo! ¡Mi adorado amante, tu idolatrada Tisbe, y querida señora!”

AGUSTÍN GÓMEZ.- No, no. Debéis representar a Píramo vos, y a Tisbe Francisco.

JUAN BELLIDO.- Bien. Continuad.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Jesús Morillo.

JESÚS MORILLO. - Heme aquí, Agustín.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Jesús, debéis representar a la madre de Tisbe, yo, al padre de Tisbe. Emilio López Segovia, vos el papel de león. Y con esto creo que queda bien ordenada la representación.

EMILIO.- ¿Tenéis escrito el papel del león? Si es así, os suplico que me le deis, pues no tengo gran facilidad para aprender de memoria.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Podéis hacerlo de improviso, pues no tenéis que hacer más que rugir.

JUAN BELLIDO.- ¡Dejadme hacer también de león! Ya veréis si cada rugido que yo dé no hará saltar de alegría el corazón de cualquiera. Hasta el duque ha de exclamar: “¡que vuelva a rugir! ¡que vuelva a rugir!”

AGUSTÍN GÓMEZ.- Pero lo haríais de un modo tan terrible que se asustarían la duquesa y las señoras, y se pondrían a dar alaridos; y con eso ya habría lo suficiente para que nos colgaran a todos.

TODOS.- ¿A todos?

JUAN BELLIDO.- Os garantizo, amigos, que si dierais algún gran susto a las señoras, no les volvería el alma al cuerpo mientras no estuviésemos colgados en la horca; pero yo ahuecaré de tal manera la voz, que me oiréis rugir tan dulcemente como una palomita recién nacida: rugiré lo mismo que si fuese un ruiseñor.

AGUSTÍN GÓMEZ.- No podéis desempeñar otro papel que el de Píramo; porque Píramo es un hombre simpático, hombre correcto como para visto en día de verano, hombre de todo punto amable y caballeroso.

JUAN BELLIDO.- Bueno; haré la prueba. ¿Qué barba os parece mejor que me ponga para la función?

AGUSTÍN GÓMEZ.- Por supuesto, la que se os antoje. (*Satisfacción general*) Pero, señores, aquí tenéis vuestros papeles, y os voy a rogar, a pedir y a desechar que los aprendáis en unas horas, aquí mismo ensayaremos.

JUAN BELLIDO.- Nos reuniremos, y aquí podremos ensayar del modo más escénico y valiente. Esforzaos, sed perfectos: ¡adiós!

TODOS.- ¡Adiós!



(Se van todos por la cueva y Juan Bellido se queda solo estudiando su papel y después se da cuenta de que se ha quedado solo para llevar el carro y se va empujándolo por la cueva)

(Salen. Entran Lisandro y Hermia, por las palmeras por detrás. Todo transcurre entre las piedras de las palmeras)

Escena 5:

LISANDRO.- Amor mío, estáis a punto de desmayaros a fuerza de peregrinar en el bosque; y a decir verdad, he perdido el camino. Descansemos, Hermia, si os parece bien, y aguardemos la luz del día.

HERMIA.- Sea, Lisandro. Buscad un lecho para vos, que yo reclinaré mi cabeza sobre este banco.

LISANDRO.- El mismo hacecillo de yerbas servirá de almohada a los dos. Un corazón, un lecho, dos pechos y una fe.

HERMIA.- No, buen Lisandro, amado mío. Por amor a mí, yaced a más distancia, no tan cerca.

LISANDRO.- ¡Oh! Comprended, vida mía, el sentido inocente de mis palabras. En los coloquios de amor, el amor percibe el intento. Quiero decir que mi corazón está ligado al vuestro, de modo que ambos sólo pueden ser uno: dos pechos unidos por un mismo juramento, no son sino dos pechos y una sola fe. No me niegues, pues, un lecho a tu lado; porque descansando junto a ti, no sueño en traiciones.

HERMIA.- Lisandro habla con ingeniosa agudeza; habría ofendido mi educación y mi orgullo, si hubiese pensado mal de Lisandro. Pero, por amor y por cortesía yaced un tanto más lejos, gentil amigo mío. En la modestia humana semejante separación es lo que corresponde a un honrado soltero y a una doncella. (*Lisandro se duerme en las dos piedras pequeñas y Hermia en la piedra grande del medio, primera piedra*) Así, alejaos, y buenas noches, dulce amigo. Nunca se mude tu amor hasta el fin de tu vida.

LISANDRO.- Y yo digo, amén, amén, a esa dulce plegaria. Que mi vida acabe donde concluya mi lealtad. He aquí mi lecho. Que te brinde el sueño toda su paz.

HERMIA.- Con la mitad de ese deseo, cerraría contenta los párpados

(Entra Puck por el camino lateral de la cueva)

(Duermen. Entra Puck)

PUCK.- (*Puck actúa entre las palmeras y se va por las palmeras*) He recorrido el bosque; pero no he hallado ciudadano alguno en cuyos ojos pueda probar el poder del jugo de esta flor para suscitar una pasión. ¡Noche y silencio! ¿Quién hay allí? (*Llega vestidos de Nueva Gades*). Éste, a lo que dijo mi señor, es aquel que menosprecia a la virgen gaditana. Y he aquí a la pobre doncella dormida profundamente sobre la tierra húmeda y sucia. ¡Pobre paloma! ¡No se atreve a acostarse junto a ese desalmado y descortés villano! Sobre tus ojos vierto todo el poder de este encanto; que cuando despiertes el amor no te deje cerrar los ojos; y despierta tan luego como me haya ido, pues tengo que volver donde Oberón.



ELENA.- (*Entra por la cueva*) ¡Ah! Estoy sin aliento por esta caza de afecto. Cuanto más ardiente mi súplica, menos merced alcanza. Dicho sea Hermia, donde quiera que se halle, porque tiene ojos bendecidos y seductores. ¿Qué es lo que les da tanto brillo? No las acerbas lágrimas; que a ser así, mis ojos, que han llorado más, estarían más brillantes que los suyos. No, no. Soy fea como un oso; porque las bestias que me encuentran huyen amedrentadas. No es maravilla que Demetrio, como de un monstruo, huya de mi presencia. ¿Qué engañoso y maligno espejo pudo hacerme comparar con los ojos de Hermia? Pero ¿quién hay aquí? ¡Lisandro! ¡En el suelo! ¿Está muerto o dormido? Pero no veo sangre, ni herida. ¡Lisandro, buen caballero, si estáis vivo, despertad!

LISANDRO.- (*Despertando.*) ¡Y por tu dulce amor me arrojaré al fuego! ¡Transparente Elena! La naturaleza en ti despliega su arte; pues al través de tu pecho me deja ver tu corazón. ¿En dónde está Demetrio? ¡Oh! ¡Y cuán bien le estaría morir al filo de mi espada!

ELENA.- No digáis eso, Lisandro, no lo digáis. ¿Qué importa que él ame a Hermia? ¿Qué? A despecho de él Hermia os ama. Debéis estar contento.

LISANDRO.- ¿Contento con Hermia? ¡No! Me arrepiento de los fastidiosos instantes que he pasado con ella. No a Hermia, a Elena es a quien amo. ¿Quién no cambiaría un cuervo por una paloma? La voluntad del hombre es guiada por su razón, y la razón me dice que sois más digna doncella que Hermia. Nada puede madurar antes de su estación, y yo, siendo tan joven, no he podido madurar a la razón sino desde este momento; someto ahora mi voluntad a mi razón, y ésta me guía hacia vos. Leo en vuestros ojos amorosas historias como escritas en el más rico libro del amor.

ELENA.- ¡Ah! ¿Y he nacido para sufrir tan cruel mofa? ¿Cuándo he podido merecer que me despreciéis de este modo? ¡No basta, oh joven, no basta que yo jamás haya alcanzado, no, ni siquiera pueda alcanzar una mirada afectuosa de Demetrio, sino que además habéis de escarnecer mi insuficiencia? En verdad me hacéis agravio; a fe que me lo hacéis en cortejarme de tan desdeñosa manera. Pero adiós. Debo confesar que os creía dotado de más verdadera gentileza. ¡Dios mío! ¡Que una mujer, por ser rechazada por un hombre, tenga que ser insultada por otro!

(*Sale por la cueva*)

LISANDRO.- No ve a Hermia. ¡Oh, tú, Hermia, duerme allí y jamás vuelvas a acercarte a Lisandro! Pues así como el exceso de golosinas trae al estómago la mayor náusea y fatiga; o como las herejías que los hombres abandonan, por nadie son tan odiadas como por los que sufrieron su engaño, así tú, exceso y herejía mía, sé odiada más que todo; y aún más por mí que por otro alguno! ¡Y que todas mis facultades consagren su poder y su amor a honrar a Elena, y a ser su caballero!

(*Sale por la cueva persiguiendo a Elena*)

HERMIA.- (*Levantándose*) ¡Socorro, Lisandro, socorro! ¡Haz cuanto puedas para arrancar esta serpiente que se arrastra sobre mi pecho! ¡Oh, por piedad! ¡Qué pesadilla he tenido! ¡Mira, Lisandro, cómo todavía tiemblo de pavor! Soñé que una serpiente me devoraba el corazón, y que tú, sentado, te reías de su cruel voracidad. Lisandro, ¡qué! ¡no está aquí! Lisandro ¡oh Dios! ¿ido? ¿Ni al alcance de la voz? ¿ido? ¿sin una palabra, sin un signo? ¡Habla, amor de los amores! Habla, si me escuchas. ¡No? Pues ya veo bien que estás lejos, fuerza será correr a ti o a la muerte.

(*Sale por las palmeras*)



(*Entra Titania*)

Escena 6:

(*Salen los músicos vestidos de gatos. Salen por la cueva y tocan algo cuando Titania se lo pide. Titania sale con ellos también y sube por la escalera para recostarse arriba en las escaleras*)

(*Música*)

TITANIA.- ¡Ea!, ahora una canción de hadas. Luego, durante la tercera parte de un minuto, os iréis de aquí: uno a matar carcomas en los capullos de las rosas almizcladas; otro, a guerrear con murciélagos, por sus alas de cuero, para hacer casacas a mis duendes pequeños y a ahuyentar al búho clamoroso que de noche ulula asombrado de nuestros extraños espíritus. Cantadme ahora para que me duerma. Luego a vuestros trabajos y dejadme descansar.

(*Los músicos se van por la cueva*)

(*Los músicos tocan una nana y Titania se duerme. Los músicos se van con cuidado. Entran por arriba de la escalera y le pone la flor*)

OBERÓN.- Lo que veas al despertar (*Exprime la flor en los párpados de Titania*) esto sea tu verdadero amor. Ama y languidece por ello; ya sea onza, gato, oso, leopardo, o cerdoso berraco, ha de aparecer a tus ojos cuando despiertes, como digno de ser amado. Y despierta cuando esté cerca algún objeto vil.

(*Entran por la cueva todos con el carro y tocando los músicos*).

(*Entran los actores, música*)

JUAN BELLIDO.- Señores, ¿estamos reunidos todos?

AGUSTÍN GÓMEZ.- Sí, sí; y he aquí un sitio maravillosamente apropiado a nuestro ensayo. Estos escalones, este pedazo cubierto de verdura será nuestro proscenio, este matorral de espino blanco, y esta zona de aquí, nuestro sitio tras de bastidores; y accionaremos ni más ni menos que en presencia del duque.

JUAN BELLIDO.- Agustín Gómez.

AGUSTÍN GÓMEZ.- ¿Qué dices, bravo Juan?

JUAN BELLIDO. - Hay en esta comedia de “Píramo y Tisbe” cosas que nunca podrán agradar. En primer lugar, Píramo tiene que sacar su espada y matarse; cosa que las señoras no podrán soportar. ¿Qué respondéis a esto?

FRANCISCO ALGORA.- Que realmente se morirán de miedo. Me parece que debemos omitir eso del matarse, cuando todo esté concluido.

JUAN BELLIDO.- Nada de eso. Yo he discurrido un medio de arreglarlo todo. Escribidme un prólogo que parezca decir que no podemos hacer daño con nuestras espadas, y que Píramo no está muerto realmente; y para mayor seguridad, que diga que yo, Píramo, no soy Píramo, sino Juan Bellido. Con esto ya no tendrán miedo.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Bien: tendremos ese prólogo, y se escribirá en versos de ocho y seis sílabas.

JUAN BELLIDO.- No. Añadidle dos más y que se escriba en versos de ocho y ocho.

EMILIO.- ¿Y las señoras no tendrán miedo del león?

JESÚS MORILLO.- Mucho lo temo, a fe mía.

JUAN BELLIDO.- Maestros, debéis reflexionar en vuestra conciencia que traer -¡Dios nos asista!- un león entre las señoras, es la cosa más terrible; porque no hay entre las aves de rapiña ninguna más temible que un león vivo; y es necesario en esto andarse con mucho cuidado.

FRANCISCO ALGORA.- Por lo mismo, se necesita otro prólogo que diga que él no es un león.

JUAN BELLIDO.- No basta. Es necesario que digáis su nombre, y que se le vea la mitad de la cara por entre la máscara de león. Y él mismo debe hablar dentro de ella diciendo esto, o cosa parecida: "Señoras, o hermosas señoras, quisiera o desearía o suplicaría que no tuvieseis susto ni temblaseis; respondo de vuestra vida con la mía. Si os figuráis que vengo aquí como un león verdadero, mi vida no valdría un ardite. No, no soy tal cosa, sino hombre como otros." Y en tal coyuntura, que diga su nombre y les haga saber que es Emilio López Segovia, el barrendero.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Bien; se hará así. Pero hay dos cosas muy difíciles, a saber: traer la luz de la luna a una habitación; porque debéis saber que Píramo y Tisbe se encuentran a la luz de la luna.

FRANCISCO ALGORA.- Y en la noche de nuestra representación ¿Hay luz de luna?

JUAN BELLIDO.- ¡Un calendario, un calendario! Buscad en el almanaque a ver si hay luna.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Sí; hay luna esa noche.

JUAN BELLIDO.- Pues podéis dejar abierta la ventana de la gran cámara en donde representaremos, y la luna alumbrará por allí.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Eso es. O bien podrá venir alguno con un haz de espinos y una linterna, y decir que ha venido a desfigurar o sea presentar la persona del claro de luna. Y luego hay otra cosa: hemos de tener un muro en la cámara; porque Píramo y Tisbe, según dice la historia, hablaban por una grieta de la pared.

FRANCISCO ALGORA.- Será imposible llevar un muro. ¿Qué os parece, Juan?

JUAN BELLIDO.- Alguien tendrá que representar el muro. Que tenga consigo un poco de yeso o de argamasa o de pedazos de piedra y ladrillo para que signifiquen pared; o que ponga los dedos así, y por entre las aberturas podrán hablar Píramo y Tisbe con toda reserva.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Si puede hacerse así, todo está bien. ¡Ea! Que cada cual se siente, y ensaye su papel. Principiad, Píramo. Cuando hayáis dicho vuestro discurso, entrad en aquella cueva; y así cada uno, según su papel.

(*Entra Puck por el foro*)

PUCK.- ¿Qué groseros patanes andan por aquí metiendo ruido tan cerca del lecho de nuestra hermosa reina? ¡Qué! ¿Tratan de una representación? Pues seré del auditorio, y aún haré de actor si veo ocasión para ello.

AGUSTÍN GÓMEZ.- Hablad, Píramo. Tisbe, avanzad.



PÍRAMO (JUAN BELLIDO).- “Tisbe, las dulces flores de suave sabor...”

AGUSTÍN GÓMEZ.- Olor, olor.

PÍRAMO (JUAN BELLIDO).- “...de suave olor.” Así es tu aliento, cara, carísima Tisbe. ¡Pero oye, una voz! Quédate aquí no más que un rato, y dentro de poco volveré. (*Sale por la cueva y Puck antes de que entre le echa polvos mágicos*)

PUCK.- (Aparte.) ¡Qué Píramo tan raro! (*Sale*)

TISBE (FRANCISCO).- ¿Debo hablar ahora?

AGUSTÍN GÓMEZ.- Sí, por cierto; pues debéis entender que no sale más que a enterarse de un ruido que oyó, y tiene que volver.

TISBE (FRANCISCO).- “Brillantísimo Píramo, de tinte blanco como el lirio, y del color de la rosa carmesí en rosal triunfal; tan retozonamente juvenil, y sin embargo tan adorable; tan digno de confianza como el más infatigable caballo. Iré encontrarme contigo, Píramo, en la tumba de Niní.”

AGUSTÍN GÓMEZ.- “Tumba de Nino”, ¡hombre! Pero eso no debéis decirlo todavía. Eso es lo que respondéis a Píramo. ¡Vos lo decís todo de una vez! Píramo, entra; entonces volvéis a hablar. La última frase anterior es: infatigable caballo.

(*Vuelven a entrar Puck, y Bottom con una cabeza de asno*)

TISBE (FRANCISCO).....tan digno de confianza como el más infatigable caballo.”

PÍRAMO (JUAN BELLIDO).- “Si yo fuera hermoso, Tisbe, sólo sería tuyo.”

AGUSTÍN GÓMEZ.- ¡Oh! ¡Qué cosa tan monstruosa! ¡tan extraña! Estamos hechizados. ¡Por Dios, maestros, huid! ¡Maestros, socorro!

(*Salen los payasos. Salen todos menos Agustín y Francisco que se esconden entre las palmeras*)

PUCK.- Yo os seguiré, yo os haré dar vueltas por todos lados al través de matorrales y malezas, de helechos y de espinos; a veces seré un caballo, otras un sabueso, un cerdo, un oso sin cabeza, y algunas veces un fuego fatuo. Y me sentiréis alternativamente relinchar y ladear, y gruñir y quemar como caballo, perro, cerdo, oso y llama.

(*Sale por la cueva*)

JUAN BELLIDO.- ¿Por qué huyen? Esto no es más que una bellaquería de ellos por asustarme.

FRANCISCO.- ¡Oh Juan! ¡Qué mudanza! ¿Qué veo en ti?

(*Se van los dos por la cueva*)

JUAN BELLIDO.- ¿Qué ves? Una cabeza de asno... la tuya ¿no es esto?

AGUSTÍN GÓMEZ.- ¡Dios te ampare, Juan! ¡Dios te ampare! Estás transformado.
(*Sale*)

Escena 7:



JUAN BELLIDO.- Ya entiendo su artimaña. Querrían convertirme en un borrico, y asustarme si pudieran. Pero, hagan lo que hicieren, no he de moverme de aquí. Me pasearé de arriba abajo y cantaré para que me oigan y sepan que no tengo miedo.

(*Sobre las escaleras cantando*)

TITANIA.- (*Despertando.*) ¿Qué ángel me despierta en mi lecho de flores? Ruégote, gentil mortal, que cantes de nuevo. Tu melodía ha cautivado mi oído, así como tu forma ha encantado mi vista. Y la fuerza de tu fascinación me mueve a la primera mirada, a decirte, a jurarte, que te amo.

JUAN BELLIDO.- Paréceme, señora, que tenéis para ello muy poca razón; aunque, a decir verdad, la razón y el amor se avienen bastante mal en estos tiempos, y es lástima que algunos buenos vecinos no los reconcilien.

TITANIA.- Eres tan sensato como hermoso.

JUAN BELLIDO.- Ni lo uno, ni lo otro, señora; pero si tuviera suficiente seso para salir de este bosque, no me faltaría el suficiente para aprovecharme de ello.

TITANIA.- No, deseas ausentarte de este bosque, pues en él permanecerás, quieras o no. Soy un espíritu superior a lo vulgar. Todavía la primavera engalana mis posesiones; y yo te amo. Ven, pues, conmigo. Te daré hadas que te sirvan, y te traerán joyas del fondo del mar, y arrullarán con tus cantos tu sueño cuando te acuestes en un lecho de flores. Y purificaré tu materia de modo que parezcas un espíritu también. ¡Flor-de-guisante! ¡Telaraña!

(*Se colocan al ser llamadas una a cada lado de Titania, arriba en la escalera*)

FLOR DE GUISANTE.- Presente.

TELARAÑA.- Y yo.

TITANIA.- Sed bondadosas y atentas con este caballero: juguetead en sus paseos y triscad a su vista. Alimentadlo con albaricoques y frambuesas, con uvas moradas, verdes higos y moras. Sustraed de las humildes abejas las bolsas de miel; y para servirle de bujías cortad las piernas cerasas y encendedlas en el fuego de los ojos del gusano de luz, cuando el amor mío se acueste y se levante. Y tomad las alas de las pintadas mariposas para defender de los rayos de la luna sus párpados soñolientos. ¡Duendes! Saludadle y presentadle vuestros respetos.

FLOR DE GUISANTE.- Salud ¡oh mortal!

TELARAÑA.- ¡Salud!

JUAN BELLIDO.- De corazón imploro vuestro favor. Dignaos decirme vuestro nombre.

TELARAÑA.- Telaraña.

JUAN BELLIDO.- Me placerá conoceros más intimamente, señora Telaraña. Ya me aprovecharé de vos si llego a cortarme el dedo. ¿Y cuál es vuestro nombre, honrada señora?

FLOR-DE-GUISANTE.- Flor-de-guisante.

JUAN BELLIDO.- Os ruego saludéis a la señora calabaza, vuestra madre, y al señor estuche-de-guisantes, vuestro padre.



TITANIA.- (*Interrumpiendo*) Ven, siéntate en este lecho de flores, mientras yo acaricio tus amables mejillas, y pongo en tu liso y suave pelo rosas almizcladas, y beso tus amables orejas grandes, mi dulce gozo.

(*Titania y Juan se sientan en un banco*)

JUAN BELLIDO.- ¿Dónde está Flor de Guisante?

FLOR DE GUISANTE.- ¡A la orden!

(*Va donde Juan*)

JUAN BELLIDO.- Ráscame la cabeza, Flor de guisante. (*Flor de Guisante rasca la cabeza de Juan.*) ¿Dónde está lady Telaraña?

TELARAÑA.- ¡Para servir!

(*Se aproxima a Juan*)

JUAN BELLIDO.- Lady Telaraña, empuña tus armas, y mátame en lo alto de un cardo un abejorro de rojas caderas, y, buena señora, tráeme su bolsa de miel. (*Telaraña encuentra una abeja, la caza y toma la miel para Juan*). Soy tan burro que, en cuanto me hacen cosquillas, me tengo que rascar.

TITANIA.- ¿Quieres oír música, mi dulce amor?

JUAN BELLIDO.- Tengo un oído bastante bueno para la música. La la la la... Que toquen cencerros y castañuelas. (*Las hadas toman sus instrumentos y comienzan a tocar*). ¡Ah, ah! Tengo un oído bastante bueno para la música. (*Juan se levanta y comienza a bailar*). ¡La la la la! (*Bosteza*). Pero, por favor, que nadie de tu gente me moleste. Me está entrando un gran sopor, me muero de sueño.

TITANIA.- Venid y servidle. Poned silencio a la boca de mi amor, y traedlo sin ruido (*Se llevan los duendes a Juan Bellido con una zanahoria. Después sale Titania. Todos salen por arriba de la cascada hacia el otro lado de la cascada*). Llevadle a mi lecho. Paréceme que la luna en su manera de brillar anuncia sus lágrimas; y cuando éstas caen, cada florecilla gime llorando alguna forzada castidad. Duerme, y te rodearé con mis brazos. Duerme... ¡Duendes, marchaos! ¡Retiraos a los cuatro vientos! (*Se van los duendes*.) Así se entrelazan suavemente la enredadera y la dulce madreselva. Así la femenina hiedra pone sus anillos en los dedos de madera de la corteza del olmo. ¡Ah, cómo te quiero! ¡Qué loca estoy por ti!

(*Entra OBERÓN*)

Escena 8:

(Entre 1º Oberón por la cueva y se queda en las escaleras en el medio. Despues entre Puck por el lateral de la cueva y se coloca al lado de Oberón)

OBERÓN.- Quisiera saber si ha despertado Titania; y en seguida, sobre qué objeto recayó su primera mirada, como que ha de estar loca por él. (*Entra Puck*) Aquí llega mi mensajero. ¡Y bien, travieso espíritu! ¿Qué nocturna nueva prevalece ahora en este misterioso Parque?

PUCK.- Mi ama está enamorada de un monstruo. Cerca de su recóndito y consagrado retrete, mientras ella pasaba la lánguida hora del sueño, una partida de ganapanes, rudos barrenderos que trabajan en este parque de Nueva Gades, se hallaba reunida para



ensayar una representación destinada al día de las bodas del gran Duque. El más insustancial de esos imbéciles, que hacía el papel de Píramo, abandonó la escena y se metió en la cueva; y yo, aprovechando esta ocasión, coloqué sobre sus hombros una cabeza de asno. A la sazón, su Tisbe tenía que recibir su respuesta; y aquí de mi sainete. Apenas le vieron sus compañeros, cuando se dieron a huir en todas direcciones, como una bandada de gansos silvestres que divisa al cazador agazapado. A nuestro impulso, cae el uno y el otro aquí y allí, y grita que lo asesinan, y clama por auxilio de los Dioses. Yo los guié en este desatentado terror, y dejé allí al amoroso Píramo trasfigurado; y en ese instante vino a acontecer que despertara Titania y quedara en el acto locamente enamorada de un borrico.

OBERÓN.- Mejor ha salido esto que cuanto yo podía imaginar. Pero ¿has vertido ya el jugo de la flor en los ojos del gaditano, como te lo encargué?

PUCK.- Lo atrapé dormido. Eso también está despachado. Como la mujer estaba a su lado, claro está que cuando él despierte tendrá que verla. (*Entran Demetrio y Hermia*)

OBERÓN.- Mantente cerca. Este es el hombre.

PUCK.- La mujer es la misma; pero no el hombre

(*Entra Demetrio y Hernia por las palmeras*)

DEMETRIO.- ¡Oh! ¿por qué rechazáis a quien os ama tanto?

HERMIA.- Si has matado a Lisandro mientras dormía, llega hasta el final y mátame a mí también ¡Ah, buen Demetrio! ¿Me lo quieres dar?

DEMETRIO.- Antes daría su cadáver a mis perros.

HERMIA.- ¡Fuera, perro; fuera, chucho! ¿Le has matado entonces?

DEMETRIO.- Yo no soy reo de la sangre de Lisandro.

HERMIA.- Te ruego entonces que me digas que no ha sufrido daño.

DEMETRIO.- Aunque pudiera, ¿qué ganaría con eso?

HERMIA.- Un privilegio: no verme más. Y así me iría de tu odiada presencia. No me verías más, esté muerto o vivo.

(*Se va por la cueva*)

DEMETRIO.- Es inútil seguirla en este arranque de cólera. Así, me quedaré aquí por breve rato y buscaré en el sueño alivio a mi dolor, porque éste se hace doblemente pesado con el insomnio.

(*Se acuesta en la 1ª piedra*)

OBERÓN.- ¿Qué has hecho? La has errado por completo, vertiendo el jugo amoroso en los ojos de algún amante verdadero; y por fuerza tu equivocación hará que se mude un amor sincero, en vez de mudar uno falso.

PUCK.- Eso quiere decir que quien impera es el destino, y que por un hombre verdadero, hay un millón que faltan a sus juramentos.

OBERÓN.- Ve por el parque, más rápido que el viento y procura encontrar a Elena. Triste y abatida está, pálidas las mejillas, suspirando de amor, y consumiendo la riqueza de su sangre juvenil. Valiéndote de cualquiera ilusión hazla venir. Yo encantaré los ojos de él antes de que ella haya llegado.



PUCK.- Voy, voy. Mirad cómo voy más veloz que la flecha despedida por el arco del Tártaro.

(Sale por la cueva)

OBERÓN.- Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, penetra en el globo de sus ojos. Cuando él aceche a su amada, que aparezca ella resplandeciente como la Venus del firmamento, y cuando despiertes, implora de ella, si está cercana, el remedio de tu amor.

(Entra Puck por la cueva)

PUCK.- (*Se quedan en la 1ª piedra de las palmeras sentados viendo todo lo que pasa*). Caudillo, de nuestra hermosa muchedumbre: Elena está próxima, y el joven a quien equivoqué le suplica por el premio de su amor. ¡Cómo hemos de divertirnos con sus coloquios! ¡Santo Dios, y qué locos son estos mortales!

OBERÓN.- Apártate. El ruido que hacen despertará a Demetrio.

PUCK.- Entonces habrá dos cortejando a una, y eso sólo ya es una diversión. No hay cosa que me guste tanto como lo imprevisto.

(Entran Lisandro y Elena por la cueva)

Escena 9:

LISANDRO.- ¿Por qué pensáis que os solicito por burla? La burla y el sarcasmo jamás vierten lágrimas, y ved que cuando os suplico, lloro. Decid si semejante manera de pedir vuestro amor no lleva en sí la prueba de toda su verdad.

ELENA.- Refináis vuestra astucia haciendo que la verdad sirva para matar la verdad. ¡Oh combate, infernal y divino a un tiempo! Esos juramentos pertenecen a Hermia. ¿Queréis abandonarla? Pesad esos juramentos y otros, y no pesarán nada. Puestos en una balanza ambos no pesarán más que cualquier mentira.

LISANDRO.- No sabía lo que hacía cuando le hice juramentos a ella.

ELENA.- Ni lo tenéis, a mi juicio, en abandonarla.

LISANDRO.- Demetrio la ama y no os ama.

DEMETRIO.- (*Despertando.*) ¡Oh Elena! ¡Diosa! ¡Ninfa perfecta y divina! ¿Con qué podré comparar tus ojos, amor mío? El cristal parecería lodo. ¡Oh! ¡Qué tentadores se ostentan tus labios, como cerezas maduras para los besos! ¡Cuando muestras tu mano, parece oscura la nieve de Tauro congelada por el viento de Levante! ¡Oh, déjame besar esta princesa de la casta blancura, este sello de felicidad!

ELENA.- ¡Oh despecho! ¡oh infierno! ¡Veo que estáis conjurados todos contra mí para vuestro pasatiempo! Si fuerais corteses, no me haríais este agravio. ¿No basta que me aborrezcáis, como sé que lo hacéis, sino que además habéis de unir vuestras almas para burlaros de mí? Si fuereis hombres, como lo dice vuestra apariencia, no trataríais así a una dama inofensiva; cortejando y jurando y ponderando mis cualidades, cuando sé que me odiáis de corazón. Ambos sois rivales en amar a Hermia, y ahora lo sois en escarnecer a Elena: gran hazaña y varonil empresa, arrancar con vuestras burlas las lágrimas de una pobre doncella. Ningún hombre que tuviera la menor nobleza ofendería



así a una virgen, atormentando la paciencia de su pobre alma, para procurarse una diversión.

LISANDRO.- Malo sois, Demetrio. No seáis así. Sabéis que conozco, vuestro amor a Hermia; y aquí con toda voluntad, con todo corazón, os cedo mi parte en su amor. Dadme la vuestra en el de Elena, a quien amo y amaré hasta la muerte.

ELENA.- Jamás gastaron tan mal sus palabras los burlones.

DEMETRIO.- Lisandro, quédate con tu Hermia. Si alguna vez la amé, ese amor se ha ido, y no quiero nada de él. Mi corazón no estuvo con ella sino como un huésped pasajero, y ahora vuelve a su hogar, vuelve a Elena para quedarse aquí.

LISANDRO.- Elena, no es verdad.

DEMETRIO.- No desacredites la fe que no conoces, a menos que la compres caro a costa tuya. Ve ahí a tu amada que viene: ve ahí a la que adoras.

(*Entra Hermia por la cueva*)

HERMIA.- ¡Oscura noche, que quitas la vista a los ojos, y aguzas el oído, dando a éste lo que quitas a aquellos! Mis ojos no pudieron encontrarte, Lisandro, pero mi oído me hizo seguir tu voz. ¡Ah! ¿por qué con tanta dureza me has dejado?

LISANDRO.- ¿Y por qué se quedaría aquel a quien el amor llama a otra parte?

HERMIA.- ¿Qué amor podría apartar a Lisandro de mi lado?

LISANDRO.- El amor de Lisandro, que no podía separarse de la hermosa Elena, que embellece la noche, más que el esplendor de todas las estrellas. ¿Por qué me buscas? ¿No basta el que te haya dejado para que conozcas el odio que siento por ti?

HERMIA.- Habláis lo que no pensáis. Eso no puede ser.

ELENA.- ¡Ah! ¡También ella toma parte en la conspiración! Ahora veo que os habéis unido los tres para formar este desleal pasatiempo a despecho mío. ¡Oh tú, Hermia, injuriosa e ingrata doncella! ¿Has conspirado con éstos, urdiendo esta maligna burla para ofenderme? ¿Y has olvidado las cariñosas pláticas, los juramentos fraternales, las horas que hemos pasado juntas? ¿Lo has olvidado todo, la amistad de nuestra niñez, la compañía inocente de nuestra infancia? Siempre estuvimos unidas, juntas en el mismo asiento, ocupadas en la misma labor, entonando la misma canción, como si nuestras mentes, nuestras manos, nuestras voces, hubieran sido una sola. Así crecimos como un doble fruto gemelo, que parece partido en dos y sin embargo no se puede separar. Éramos dos cuerpos con un solo corazón. ¿Y venís a romper todos estos lazos antiguos, para juntarlos a esos hombres y escarnecer a vuestra amiga? No: esto no es amistad, ni es digno de una doncella. Nuestro sexo, tanto como yo misma, os censurarán por ello, aunque sea yo sola quien sufra el agravio.

HERMIA.- Vuestras frases apasionadas me dejan estupefacta. Yo no me burlo de vos. Antes me parece que vos os burláis de mí.

ELENA.- ¿No habéis inducido a Lisandro a seguirme y a alabar mis ojos y mi cara? ¿No habéis hecho que vuestro otro apasionado, Demetrio (que aún ahora mismo me ha rechazado con el pie) me llame diosa, ninfa divina, preciosa, celestial? ¿Por qué habla así a una que aborrece? ¿Y por qué me niega Lisandro vuestro amor, tan rico en su alma, y me ofrece su afecto, si no es porque lo inducís a ello y obra con vuestro consentimiento? ¿Qué delito hay en que yo no tenga tantas gracias como vos, ni sea tan



afortunada en el amor, sino una infeliz que ama sin ser amada? Deberías compadecerme por esto, no despreciarme.

HERMIA.- No comprendo lo que queréis decir.

ELENA.- Sí, perseverad: fingid tristes miradas, y haceos señas cuando vuelvo la espalda: seguid en esta amable diversión, que, bien sostenida, será materia de una crónica. Si fueseis capaces de alguna piedad o gentileza, no me tomaríais por tema de vuestra irrisión; pero adiós. Yo tengo la culpa, y pronto la remediaré con la ausencia o con la muerte.

LISANDRO.- Quedaos, gentil Elena, y oíd mi excusa. ¡Hermosa Elena, amor mío, vida mía, alma mía!

ELENA.- ¡Oh! Excelente.

HERMIA.- Amigo mío, no la burléis así.

DEMETRIO.- Si ella no sabe rogar, yo sé obligar.

LISANDRO.- Ni tú puedes obligar, ni ella rogar.

DEMETRIO.- Yo digo que te quiero más de lo que él puede quererte.

LISANDRO.- Si tal dices, retírate y vamos a probarlo.

DEMETRIO.- Al instante. Ven.

HERMIA.- Lisandro ¿a qué conduce todo esto?

LISANDRO.- ¡Fuera! ¡Etíope!

DEMETRIO.- No, no señor. Habla como si la acción fuera a seguir a la palabra; pero no se mueve. Eres un cobarde, ¡bah!

LISANDRO.- Márchate de aquí, cuidado, cosa vil, ¡afuera! O te sacudiré y te arrojaré lejos de mí como a una culebra.

HERMIA.- ¿Por qué os habéis vuelto tan rudo? ¿Qué cambio es éste, amor mío?

LISANDRO.- ¿Amor tuyo? Vete, vete, maldita pócima, remedio detestado. ¡Vete!

HERMIA.- ¿Os estáis cachondeando?

ELENA.- Sí, a fe mía, lo mismo que vos.

LISANDRO.- Demetrio, te cumpliré mi promesa.

DEMETRIO.- Me alegraría de tener alguna prenda de ello; pues no confío en tu palabra.

LISANDRO.- ¡Qué! ¿Tendría que hacerle daño, golpearla, matarla? Aunque la odio, no le voy a hacer daño.

HERMIA.- ¡Pues qué! ¿Podrás hacerme un daño mayor que aborrecerme? ¡Aborrecerme! ¿Y por qué? ¡Desgraciada de mí! ¿Qué ha pasado, amor mío? ¿No soy Hermia? ¿No eres tú Lisandro? Tan hermosa soy ahora como la noche en que me amaste, como la noche en que me dejaste. No quieran los dioses que hables de veras.

LISANDRO.- ¡Sí, por mi alma! y quisiera no haber vuelto a verte jamás. Así, pues, no tengas esperanza ni duda: no es una chanza: nada hay tan verdadero y cierto como el odio que siento hacia ti.



HERMIA.- ¡Desgraciada de mí! ¡Oh tú, impostora, ladrona de amor! ¿Has venido de noche para robarme el corazón de ése a quien amo?

ELENA.- A fe mía, que os sientan bien estas palabras: ¿no tienes ya modestia ni rubor, y se desvaneció la menor sombra de delicadeza? ¿Quieres arrancar por ventura de mi lengua prudente airadas voces? ¡Estás haciendo una comedia, tú, muñeca!

HERMIA.- ¿Por qué muñeca? ¡Ah! Ya veo la traza. Ahora caigo en que habrá comparado nuestras estaturas, decantó la suya, y con sus ventajas, ha prevalecido sobre él. ¿Y habéis crecido tanto en su afecto por ser yo tan pequeña y baja? ¡Muy baja soy, asta de bandera pintarrajeadas! ¡Habla! ¿Muy baja soy? ¡Pues no lo soy tanto que no puedan mis uñas llegar hasta tus ojos!

ELENA.- Os ruego, señores, aunque os burléis de mí, que no la dejéis hacerme daño. Quizá os parece que por ser ella algo menor de estatura que yo, podré luchar con ella.

HERMIA.- ¡La estatura! ¡Otra vez la estatura!

ELENA.- Buena Hermia, no os airéis contra mí. Yo siempre os tuve afecto y seguí en todo vuestro consejo, y nunca os hice mal alguno, a no ser que, por amor a Demetrio, le dije de vuestra fuga a este bosque. Él os siguió, y yo le seguí por amor, pero él me echó de aquí. Ahora sólo deseo que me dejéis volver en paz a la ciudad y no me sigáis más. Dejadme ir. Ya veis cuan simple y afectuosa soy.

HERMIA.- Pues marchaos. ¿Quien os lo estorba?

ELENA.- Un corazón desatentado que dejo tras de mí.

HERMIA.- ¡Con quién! ¡Con Lisandro?

ELENA.- Con Demetrio.

LISANDRO.- No temas, Elena. No te hará ningún mal.

ELENA.- ¡Oh! Cuando se enfurece es maligna y astuta. Cuando iba a la escuela era una víbora, y aunque pequeña, es de índole fiera.

HERMIA.- ¿Otra vez pequeña? ¿Siempre baja y pequeña? ¿Por qué permitís que me ultraje así? Dejadme que me entienda con ella.

ELENA.- ¡Vete, enana, avalorio, puñado de mala paja!

HERMIA.- ¡Oídla otra vez!

ELENA.- "Minimus"

HERMIA.- (*A Lisandro*) ¿Vas a consentir que me insulte de ese modo?

ELENA.- ¡Mamarracho!

HERMIA.- ¡Oídla otra vez!

ELENA.- ¡Bellota!

HERMIA.- ¡Déjame que vaya a ella!

ELENA.- ¡Abalorio!

HERMIA.- ¿Vas a consentir que me insulte?

ELENA.- ¡Vete ya, enana!

LISANDRO.- No tengas miedo, no te hará daño.



DEMETRIO.- ¡No, señor, no lo hará! a no ser que te pongas de su parte.

LISANDRO.- Eres demasiado amable con la que desprecia y se burla de tus servicios.

DEMETRIO.- Déjala sola, no le hables de Elena.

LISANDRO.- ¡Sígueme, si te atreves!

DEMETRIO.- ¡Ya lo creo! Iré contigo mano a mano... (*Salen Lisandro y Demetrio*)

ELENA y HERMIA.- ¡Todo este enredo es por ti!

HERMIA.- No, no te vuelvas atrás.

ELENA.- No me fío de ti... Tus manos son más vivas que las mías para una pelea. Pero mis piernas son más largas para escapar. (*Sale Hermia y Elena por la cueva*)

Escena 10:

OBERÓN.- Esto es fruto de tu negligencia. Tu incurriste en esa equivocación, o hiciste eso por bellaquería.

PUCK.- Creedme, rey de las sombras, que me equivoqué. ¿No me dijisteis que reconocería al hombre por su traje gaditano? Y para probar la inocencia de mi conducta, basta ver que he puesto el jugo de la flor en los ojos de un gaditano; aunque es verdad que me alegra y divierte el ver la confusión y enredo que de ello ha venido a resultar.

OBERÓN.- Ya ves cómo estos enamorados buscan un sitio donde combatir. Ocúltate entre las sombras de la noche, extiende la niebla sobre su estrellado velo, hasta que sea oscuro como Aqueronte y guía de tal manera a estos rivales tan lejos el uno del otro, que no se puedan encontrar. Unas veces imitando la voz de Lisandro, excitarás a Demetrio con graves insultos; y otras harás lo mismo imitando la voz de Demetrio; y así llevarás a uno y otro hasta que caigan rendidos de cansancio y se hundan en el sueño. Exprime entonces en los ojos de Lisandro el jugo de esta yerba, que tiene la virtud de disipar toda ilusión. Cuando despierten, todo lo que ha pasado les parecerá un sueño, y volverán los amantes a la ciudad unidos hasta la muerte. Mientras tú te ocupas en esta misión, yo iré en busca de mi reina y le suplicaré que me entregue al muchacho; y entonces desbarataré el encanto de sus ojos y haré que todas las cosas le parezcan tales como son en realidad.

PUCK.- Aéreo señor mío: es necesario hacer esto aprisa, porque ya asoman las luces crepusculares que animan la aurora, y empiezan a desgarrarse los velos de la noche. Los fantasmas se apresuran en tropel a ganar su albergue en los cementerios: todos ellos son espíritus condenados que tienen su sepultura en los sitios extraviados e inundados, y temen que la luz del día alumbre su vergüenza.

OBERÓN.- Pero nosotros somos espíritus de otra clase. Mil veces he jugueteado con la amorosa aurora y visitado los bosquecillos hasta que las puertas del Oriente radiantes de luz, se han abierto sobre el océano bañando de oro sus verdes aguas salobres. No obstante, apresúrate, y deja esta faena terminada antes de rayar el día.

(*Sale Oberón por las escaleras hacia arriba*)

PUCK.- (*Puck sube un poco las escaleras y habla a Lisandro desde allí*). Arriba y abajo, arriba y abajo los he de conducir, de un lado para otro. Me temen en el campo y en la ciudad. Puck, llévalos arriba y abajo. Aquí viene uno.



(*Entra Lisandro por la cueva*)

LISANDRO.- ¡Dónde estás, orgulloso Demetrio?

PUCK.- ¡Aquí villano! con el acero desnudo y pronto.

LISANDRO.- Al instante estoy contigo.

(*Sale Lisandro por el caminito de al lado de la cueva*)

PUCK.- Sígueme a mejor terreno.

(*Sale Lisandro como siguiendo la voz. Entra Demetrio por la cueva*)

DEMETRIO.- ¡Lisandro, habla otra vez! ¡Fugitivo! ¡Cobarde! ¿adónde has huido? ¿Has ido a esconder tu cabeza en algún matorral?

PUCK.- ¡Cobarde! ¿Fanfarroneas a las estrellas y no quieres venir?

DEMETRIO.- ¿Estás ahí?

PUCK.- Sigue mi voz y llegaremos adonde se pueda probar el valor.

(*Salen. Vuelve a entrar Lisandro por la cueva y se acuesta en la 2ª piedra, en la que al principio representa su estatua*)

LISANDRO. - Él va por delante y todavía me provoca. Cuando acudo al punto de donde me llama, ya no está allí. El villano es mucho más ligero de pies que yo, y cuanto más aprisa le seguía, más pronto se alejaba. Así he venido a dar en un sendero desigual y oscuro, y voy a descansar aquí. ¡Ven, oh grata luz del día! (Se acuesta.) Con los primeros rayos de tu pálido fulgor, descubriré a Demetrio y satisfaré mi venganza.

(*Se duerme. Vuelven a entrar Puck y Demetrio.*)

PUCK.- ¡Oh, oh, oh! ¿Por qué no vienes, cobarde? (*Entra Demetrio por las palmeras, pegado a la caseta de los pájaros*)

DEMETRIO.- Ven, si te atreves; pues no haces más que huir de sitio en sitio, y no osas aguardarme a pie firme y mirarme de frente. ¿Dónde estás?

PUCK.- Ven hacia aquí: aquí estoy.

DEMETRIO.- No me dejaré burlar una vez más. Caro lo has de pagar si alguna vez alcanzo a verte a la luz del día. Ahora ve donde quieras. Ya la fatiga me fuerza a reclinarme aquí y esperar la luz del día.

(*Se acuesta en la 1ª piedra, en la que al principio representó su estatua y duerme. Entra Elena*)

ELENA.- (*Entre Elena por las palmeras*) ¡Oh penosa noche! ¡Noche larga y fastidiosa! ¡Acorta tus horas y deja brillar el consuelo en la luz del oriente, para que pueda yo volver a casa con el alba, separándome de la vecindad los que aborrecen mi pobre compañía! ¡Oh sueño! ¡Tú que algunas veces cierras de pesar los ojos, haz que por unos momentos me libre yo de mi propia compañía!

(*Elena duerme en la piedra de Demetrio*)

PUCK.- ¡No más que tres todavía? Dos de cada clase hacen cuatro. Aquí viene otra, triste y colérica. Cupido es un muchacho bien travieso, cuando así hace enloquecer a las pobres mujeres.



(*Entra Hermia por la cueva*)

HERMIA.- ¡Ah! nunca he estado tan cansada ni tan triste; empapada de rocío, desgarrada por los espinos, ya no puedo arrastrarme más lejos, y mis pies se niegan a mi deseo. Aquí me quedaré hasta que llegue el día. ¡Que los cielos guarden a Lisandro si ha de haber un duelo!

(*Se acuesta y duerme en la piedra de Lisandro*)

PUCK.- Gentil enamorado, duerme profundamente en el suelo, mientras aplico a tus ojos este remedio. (*Vierte el jugo en los ojos de Lisandro*) Cuando despiertes te deleitarás en la vista de la que primero amaste y quedará justificado el refrán que dice “que cada cual debe tomar lo suyo”, y nada saldrá al revés. El amante recobrará su pareja y todo quedará en paz.

(*Sale Puck. Demetrio, Elena, etc., duermen.*)

(*Entran TITANIA y JUAN BELLIDO, y hadas que les sirven. Música. Tras de ellos OBERÓN sin ser visto*)

Escena 11:

TITANIA.- (*Entra Titania y Juan Bellido por las escaleras de arriba de la cueva*). Hechizo mío, ven, siéntate sobre este florido lecho, mientras yo acaricio tus adorables mejillas, y pongo rosas perfumadas en tu suave cabeza y beso tus largas y hermosas orejas, gentil deleite mío.

JUAN BELLIDO.- Necesito al barbero, señora, porque pienso que tengo la cara asombrosamente velluda, y soy un asno de tan delicada condición, que si un solo pelo me hace cosquillas, por necesidad tengo que rascarme.

TITANIA.- ¿Querrías oír un poco de música, dulce amor mío?

JUAN BELLIDO.- No tengo muy mal oído para la música.

TITANIA.- O dime, alma mía, lo que quisieras comer.

JUAN BELLIDO.- En verdad, un celemín de heno y cebada. Comería a dos carrillos de vuestra avena seca. Paréceme que me apetece mucho una ración de heno: no hay nada comparable al buen heno, al heno fresco.

TITANIA.- Tengo una hada muy audaz, que irá a la madriguera de las ardillas, y te traerá las nueces frescas.

JUAN BELLIDO.- Preferiría un puñado o dos de habas secas. Pero os ruego que ninguno de vuestro séquito me moleste: porque empiezo a tener un poco de sueño.

TITANIA.- Duerme y yo te estrecharé en mis brazos. Así la enredadera, la madreselva, la dulce yedra se enlazan al áspero tronco del olmo. ¡Oh! ¡Cuánto te amo y cómo me deleito en ti!

(*Titania se queda dormida arriba de las escaleras con Juan Bellido. Entra Oberón por detrás de ellos sin ser visto. Sale Puck por la cueva y se acerca a Oberón. Oberón le pone el jugo que quita el hechizo a Titania*)

OBERÓN.- Bienvenido, buen Puck. ¿Ves este lindo cuadro? Ya empiezo a compadecer su loco amor; porque no ha mucho, habiéndola encontrado tras del bosque, buscando



golosinas para este odioso imbécil, la reconvine y tuve con ella un altercado; porque había rodeado con frescas y fragantes flores sus peludas sienes. Cuando la hube reprendido a mi gusto ella con humilde acento imploró mi paciencia, le pedí que cediera al niño huérfano, lo cual hizo inmediatamente y lo envió con una de sus hadas para que lo condujera a mi mansión. Ahora que tengo al muchacho, corregiré el odioso error de sus ojos. Quita tú de la cabeza de este estúpido artista el disfraz que le transforma; de manera que cuando despierte junto con los demás, puedan regresar todos a casa, pensando que el accidente de esta noche no ha sido más que una cruel pesadilla. Pero antes, libertaré a mi amada reina. (*Tocando con una yerba los ojos de Titania*) Sé lo que debes ser, y ve como debes mirar. El capullo Diana tiene este feliz poder sobre la flor de Cupido. Y ahora, Titania mía, despierta; despierta, mi dulce reina.

TITANIA.- ¡Oberón mío! ¡Qué visiones he tenido en mi sueño! Pienso que estaba enamorada de un asno.

(*Oberón y Titania van bajando las escaleras para ponerse en la posición del principio de la obra*).

OBERÓN.- Allí yace tu amor.

TITANIA.- ¿Cómo ha podido suceder esto? ¡Oh! ¡Y cómo mis ojos detestan ahora su figura!

OBERÓN.- ¡Silencio, por un momento! Puck, quítale esa cabeza postiza. Titania, haz oír un poco de música, y que los sentidos de estos cinco se sumerjan en un sueño más profundo que de ordinario.

(*Entran los músicos y tocas vestidos de barrenderos*)

TITANIA.- ¡Música! ¡Música que acaricie el sueño!

PUCK.- Cuando despiertes, vuelve a ver con tus propios ojos de necio.

(*Le echa el jugo a Juan Bellido en las escaleras*)

OBERÓN.- Suene la música. (Se oye música suave.) Ven, reina mía, toma mi mano, y hagamos retemblar la tierra en que duermen éstos. Ya estamos tú y yo reconciliados de nuevo, y mañana a media noche bailaremos solemnemente en la casa del duque y con nuestras bendiciones se llenará de felices hijos. Allí serán desposadas las dos parejas de amantes, al mismo tiempo que el duque, con general regocijo.

PUCK.- Rey de las hadas, advierte que ya despunta la mañana.

OBERÓN.- Pues entonces, reina mía, vamos en pos de la sombra; que nosotras podemos recorrer el mundo más rápidamente que la peregrina luna.

TITANIA.- Ven, señor mío, y en nuestra excursión me diréis cómo ha sucedido que yo me haya encontrado aquí dormida en el suelo con estos mortales.

(*Salen) (Se despierta Juan)*

JUAN BELLIDO.- (*Va bajando las escaleras y se encuentra con sus compañeros los músicos actores*). Cuando llegue mi turno, despertadme y yo responderé. Lo que sigue es: “Hermosísimo Píramo.” ¡Ea! ¡Oh! ¡Agustín Gómez! ¡Francisco Algora! ¡Emilio López Segovia! ¡Jesús Morillo! ¡Dios de mi vida! ¡Se han escurrido de aquí y me han dejado dormido! ¡Qué visión más extraña la mía! He tenido un sueño que ni el hombre más hábil podría narrarlo. Si lo intentara sería un asno. Me pareció que yo era, me



pareció que tenía. Pero un hombre sería un imbécil incurable si pudiera decir lo que me pareció que tenía. El ojo humano no ha oído nunca, ni su oído ha visto, ni su mano ha gustado, o su lengua concebido y su corazón repetido, lo que era mi sueño. He de hacer que Agustín Gómez escriba una balada sobre él y se titulará El sueño de Juan Bellido, porque no tendrá asiento. Yo la cantaré en la última parte de la representación delante del duque; y para que caiga más en gracia, he de entonarla al final de la pieza, con la muerte de Tisbe.

(Sale)

PUCK.- (*Va colocando a las estatuas que iniciaron la obra*). Ahora ruge el león hambruento y aúlla el lobo a la luna; mientras ronca el cansado labrador, abrumado por su ruda tarea. Ahora arden los tizones abandonados mientras el búho con agudo chillido, hace que el infeliz hundido en la congoja, se acuerde del sudario. Esta es la hora de la noche en que las tumbas se abren del todo para dejar salir los espectros que se deslizan por los senderos del cementerio y de la iglesia; y nosotros, duendes y hadas, huímos de la presencia del sol, siguiendo las sombras como un sueño. ¡Qué alegría la nuestra en este instante! No habrá ni un ratón que perturbe este hogar. Enviaronme, escoba en mano, a barrer el polvo detrás de la puerta. Si las sombras os hemos ofendido pensad sólo, y ya tiene buen remedio, que habéis estado un poco adormilados mientras tales visiones acudían.

No lo toméis a mal, señores míos. Con el perdón, podremos enmendarlos, si no, decid que soy un embuster. Así que buenas noches para todos. Si hemos de ser amigos, aplaudidme, y la buena de Puck os dará la recompensa.

(Aplausos)

FIN

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

En el Parque Genovés

